

Pescar en nuestra ribera

Por MANUEL MARRERO ÁVILA

i Por qué la gente se va de Cuba? La respuesta, al menos a mí, no me resulta nada fácil. Hay personas que deciden salir de Cuba para reencontrarse con su familia, o al menos con parte de ella (padres, hijos, cónyuge), que ya habían emigrado antes.

Estas personas que abandonan el país por reunificación familiar, la mayoría de las veces, con su partida, dejan tras de sí a otros familiares que no pueden llevar.

Es la paradoja del rompimiento en aras de la unidad. Tengo unos amigos que recientemente salieron del país, tras un hijo que ya había partido, y ahora sufren el abandono de una hija, un nieto y el resto de una familia; por su parte la hija pretende “alcanzarlos” pero, a su vez, abandonando a su esposo..., y la lista sigue.

Otras muchas personas, para mí la mayoría –en realidad me gustaría tener estadísticas–, abandonan la Isla por falta de confianza en una posibilidad de mayor holgura económica, sin sobresaltos, y por el cansancio que acumulan tras largos años de disímiles propuestas que no acaban de dar al traste con nuestras penurias familiares. Coincido, una vez más, con muchos de mis amigos, en que la causa fundamental de la emigración cubana es la desesperanza.

En 1995 conocí, en Ciudad México, a un grupo de 72 jóvenes, con edades entre los 16 y 28 años, que 10 meses antes habían salido de Cuba, por el sur de Camagüey, rumbo a Gran Caimán y después a Quintana Roo (México). La mayoría de ellos eran técnicos en algo o estudiaban en la universidad; nunca escuché de boca de unos jóvenes cubanos tantas expresiones de desesperanza y malestar social refiriéndose a la situación que hasta entonces habían vivido en la patria.

Aquellos jóvenes estaban cansados de todo: (y puedo citar casi textual al cabo de los años) de no tener dinero, de vestir con ropas que ellos llamaban roídas, de calzar zapatos viejos, de no tener adonde ir, de vivir en una casa en la cual no caben, de no saber qué hacer con sus vidas, de los apagones, etc. Recuerdo que al abandonar el centro de detención –al cual llegué por casualidad, acompañando a unos cubanos residentes en la capital, que les llevaban ropa, comida, revistas para leer y sobre todo compañía– unos guardias me comentaron que aquellos “chicos” habían firmado un documento en el cual decían que si perdían la vida allí, sus cadáveres no fueran devueltos a Cuba. Toda- vía pienso en aquellos muchachos tan lastimados en su identidad como personas y como cubanos.

A mí, en lo particular, me cuesta mucho ver cómo el “irse de Cuba” se escapa a toda lógica. Hace apenas unos días un amigo me detuvo por la calle para comentarme de una persona, muy conocida de ambos, que había abandonado recientemente el país y que, hasta hace poco, había sido de aquellos “super militantes” que, en nuestros años de escuela, bien merecieron el título de extremistas.

En los años que trabajé en la universidad (década del 90) recuerdo a un profesor que, en plena parada de la guagua, me explicó –casi a las 7:00 de la noche, mientras regresábamos a casa– las bondades del sistema educativo cubano y la necesidad que teníamos todos de apoyar los cambios que estaban ocurriendo, por aquel entonces, en la Enseñanza Superior de nuestro país.

Esa misma noche – quizás al llegar a casa o durante la novela–, el profesor fue avisado de que la lancha que lo llevaría a él y a su familia a los Estados Unidos estaba lista para zarpar, y no dudó en abandonar todo aquello que trató de hacerme comprender y que él mismo demostró, de esta manera, no creer. ¿Cómo es posible eso? ¿Qué hay dentro del corazón de esta gente, hasta hoy tan ligada al proyecto revolucionario, y que de pronto abandona la Isla para irse a vivir “a casa del enemigo”?

El que menos usted imagina, un buen día, se quedó “afuera” o se está preparando para abandonar el país. Familiares, amigos, gente del barrio, compañeros de trabajo, de la Iglesia, cualquiera. Nadie es inmune al “virus” de la emigración; un buen día se da la oportunidad y el que menos usted piensa “sale del closet” y se va a vivir lejos de casa. Estudios o contratos de trabajo en el extranjero, matrimonios arreglados, visas por terceros países, sorteos, reclamaciones, lanchas, botes..., cualquier cosa. Hasta el propio Houdini hubiera quedado perplejo al ver las técnicas de “escapismo” que usan los cubanos.

Yo viví, siendo estudiante, los sucesos de 1980, llenos de dolor y vandalismo, de incertidumbre y violencia, acontecimientos que apartaron del suelo patrio a más de 125 mil cubanos, en menos de 30 días. En el verano de 1994 la estampida fue de 35 mil compatriotas y, desde entonces, el pacto migratorio entre EEUU y Cuba facilita la entrada anual a EEUU de hasta 20 mil cubanos. ¿Cuántos más por otras vías?

Cuando a un cubano lo pica el bichito de irse *pa' fuera*, hace lo imposible, lo impensable. Hay quienes venden todo lo de la casa (televisor, colchones, adornos...) o lo cambian, con un vuelto, con tal de pagarse el viaje. Una vez me paró una persona por la calle para decirme que si conocía de alguna mujer que se hubiera sacado el bombo y no tuviera dinero, que él se casaba con ella y se hacía cargo de los gastos. Unos amigos que llevaban más de 20 años de casados, y con hijos grandes, se divorciaron y ella se casó con un extranjero –con fiestas, fotos y besitos de piquito– con tal de irse primero ella y llevarse al resto después (el testigo de la boda fue el padre de los hijos). Un joven que conocí intentó dos veces cruzar el mar *surfeando*, pero sólo consiguió pisar costas por otros lugares. Cuando escucho las historias que la gente cuenta, creo que, parafraseando una canción de Serrat, “si no fuera tan dañino (todo esto) nos daría risa”.

En todo esto hay mucha adrenalina y demasiados sufrimientos. Hay personas y familias enteras, que mueren en el intento tratando de escapar a través del Estrecho de la Florida; matrimonios separados por años (o para siempre) a ambos lados de una línea telefónica; familias rotas, hijos con remesas, pero sin padres; hombres y mujeres que envejecen sin poder abrazar nunca más a sus seres queridos..., tanto dolor acumulado y a la vez tanta indolencia y tanta superficialidad que se genera, al creer muchos que lo mejor que puede hacer un familiar cercano es irse para que así pueda enviarnos algo, o matar un puerco cada vez que nos visite. Aquí parecieran tocarse lo cuerdo y lo descabellado del ser humano.

Supongo, por lo que veo y escucho, que en buena medida esto de emigrar se ha convertido en un negocio de enormes dividendos; en primer lugar para el Estado, que recibe cuantiosas sumas de dinero por conceptos de pasaporte, cartas de invitación, permisos, certificación de notas y títulos, chequeo médico, pasajes, etc. Y para otra mucha gente que, al tener uno o más familiares en el extranjero, reciben bienes y dinero que les permiten hacer gastos y planificar su vida, digamos, de manera un poco más holgada que el resto.

No sé cuanto *billete verde* entra al país por cuestiones relacionadas con la emigración, pero si fuera proporcional a lo que veo, estoy seguro que mucho. Hace unos días fui a un establecimiento público que brinda servicios de fotocopia y me llamó la atención la enorme cola que había en esta área; la mayoría –excepto dos personas para fotocopiar unas partituras y un libro de medicina– tenían en sus manos pasaportes abiertos en la segunda hoja, cartas de invitación y otros documentos migratorios.

Nuestro país no podrá avanzar hasta tanto sus hijos y sus hijas intenten rehacer sus vidas, dignamente, en casa. Un pueblo merma cuando no tiene confianza en sí y cuando sus generaciones, una tras otra, deciden dispersarse.

Recuerdo, hace más de 20 años, cuando un amigo de la Iglesia decidía marcharse, le comenté –aduciendo su gusto por la pesca– que no entendía porqué ir a pescar a otra orilla del mismo río si a esta margen también se acercaban los peces; él me contestó: cierto, pero el problema es que los están espantando. Al final él se fue con su familia a pescar y a comer pescados a otra ribera y yo quedé en esta, con el anzuelo enganchado.

Con que poca seriedad la familia cubana, las instituciones todas y el propio gobierno han abordado el problema de la emigración; tal pareciera ser un “asunto sin importancia” cuando, creo yo, nuestro futuro como nación gravita, en primer lugar, en poder mantener unidos, en Cuba, a los cubanos. Pareciera que la “madre Cuba”, con los años, la costumbre y el “bien monetario” que le reporta, se hubiera acostumbrado a parir hijos para la diáspora.

No basta con meter miedo enseñando, por la televisión, un par de escenas al mes en las que unos compatriotas, atrapados en medio del mar, se afincan aterrorizados al casco de una lancha hundida, o el intento fallido de un grupo de personas atrapadas a media noche “con un pie a bordo”. Ese temor no cala y se descalifica automáticamente cuando vemos llegar, risueños, rosados, bien vestiditos y llenos de regalos a otros que también se fueron en lancha y ahora regresan, por 21 días, a alborotar el barrio.

Busquemos otra solución, entre todos, aquí, no afuera, según nuestras propias responsabilidades. Hay que analizar, públicamente, las causas por las cuales está dispersándose nuestro pueblo y ponerles punto final. Es de tontos ignorar el mal que nos causa la emigración, como nación, como familia y como sociedad. El alma de este pueblo se quiebra y se desmorona.

¿Por qué seguir espantando “los peces”, de esta margen, si sabemos que tras ellos se irán nuestros hijos?

El día ha de llegar en que podamos pescar, sin sobresaltos, en familia, en nuestra ribera, con varas de caña brava, a la sombra de una gran ceiba.